

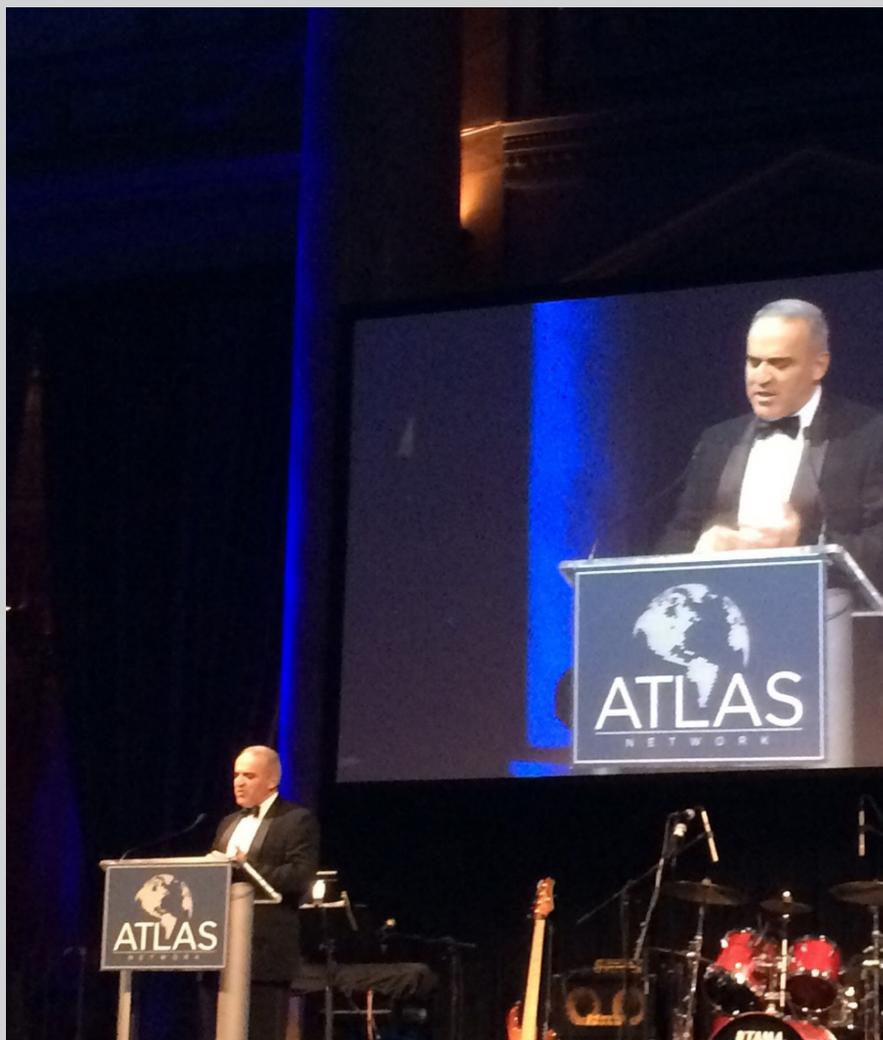
Discurso Público: Garry Kasparov

Discurso Principal de la “Cena de la Libertad” de Atlas Foundation en conmemoración de los 25 años de la caída del Muro de Berlín.

13 de Noviembre de 2014, ciudad de Nueva York.*

Con frecuencia, decir “gracias por haberme invitado” es la forma protocolar de iniciar un discurso, pero para mí, especialmente en esta ocasión, esas palabras tienen un sentido personal y sincero. La valentía característica de los presentes y, de hecho, algunas personas concretas que se encuentran en este salón, comparten el crédito por mi libertad y la de cientos de millones de personas como yo que nacieron detrás de la Cortina de Hierro. Les agradecemos por sus esfuerzos y su convicción de que el derecho a la libertad individual no debería estar condicionado por el lugar de nacimiento.

Desafortunadamente, esta actitud parece haber caído junto al Muro de Berlín. Si personas como Obama y Cameron hubiesen ocupado el lugar de Ronald Reagan y Margaret Thatcher durante los años 80s, yo seguiría jugando ajedrez para la Unión Soviética. En cambio, estoy muy feliz de encontrarme aquí ¡Qué pensaría mi abuelo, comunista de tomo y lomo, si me viera ahora!



Garry Kasparov en la “Cena de la Libertad” de Atlas Foundation.

¹ El término utilizado por Kasparov es “Realpolitik”, un concepto que hace alusión a la diplomacia guiada por mero interés práctico, sin un trasfondo moral que justifique un modo concreto de hacer política. En otras palabras, Kasparov remite a la complicidad de aquellos actores políticos que pudieron tomar cartas sobre el asunto con mayor inmediatez.

El 9 de noviembre de 1989 fue uno de los días más gloriosos en la historia universal. Cientos de millones de personas fueron liberados del comunismo totalitario después de generaciones completas sumidas en la oscuridad. No hay escasez de opiniones y discusiones académicas sobre las causas por las que el Muro cayó cuando lo hizo. Me enfresco feliz en estas discusiones interminables, pero debemos reconocer que buscar una causa precisa en un momento específico nos obliga a pasar por alto la cuestión de fondo. Sabemos que sin la unión del mundo libre en contra de un enemigo común, sin una defensa irreductible de la libertad individual, el Muro seguiría intacto.

Sí, hubo alianzas, rivalidades y “diplomacia”¹ durante décadas. Sí, hubo personas que jugaron un papel a ambos lados del conflicto, desde Ronald Reagan y Margaret Thatcher hasta Lech Walesa, el Papa Juan Pablo II y Mikhail Gorbachev, quien dio rienda suelta a fuerzas que no pudo controlar. El problema central era tan simple como verdadero: la Guerra Fría se trataba del bien contra el mal y, tan importante como esto, el conflicto no era una cuestión puramente filosófica, sino que una

batalla real que valía la pena librar. La sociedad apoyó los esfuerzos de aquellos grandes líderes, la lucha y los principios que la impulsaban. Pero así como escribió Milton Friedman en 1980, “la sociedad no tiene valores, las *personas* tienen valores.” Entonces, debemos hablar a la gente sobre estos principios de libertad. Es nuestro deber propagar este mensaje.

En la actual era de la globalización y falsa equivalencia, puede ser difícil para muchos de nosotros recordar que la mayoría de los líderes de la Guerra Fría habían visto el mal desde cerca durante la Segunda Guerra Mundial. Sabían perfectamente lo que pueden hacer los dictadores si se les da la oportunidad. Fueron testigos de amenazas existenciales al conocer los horrores de los campos de concentración y el uso de armas nucleares en la guerra. De algún modo, es vergonzoso que todavía hoy los nombres de Adolf Hitler y Josef Stalin se hayan convertido en caricaturas, como si fueran criaturas mitológicas, representantes de un mal antiguo que se ha desvanecido hace mucho tiempo. Pero el mal no muere, del mismo modo en que la historia no tiene fin. Como la mala hierba, el mal puede ser controlado,

pero nunca eliminado de raíz. Espera la oportunidad de esparcirse entre las grietas presentes en nuestra vigilancia, asienta sus raíces en el suelo fértil de nuestra complacencia. De modo similar al dragón de la mitología griega, cuyos dientes brotaron de la tierra como soldados, el Muro de Berlín cayó en pedazos y muchos de sus mendrugos contenían la semilla del mal.

El comunismo tampoco desapareció cuando cayó el Muro. Casi mil quinientos millones de personas viven actualmente en dictaduras comunistas. Otros mil millones viven sin libertad en Estados de distintos colores, incluyendo, por supuesto, gran parte de lo que alguna vez fue la Unión Soviética. El deseo humano de explotar y gobernar al resto dictatorialmente con uso de fuerza no ha desaparecido. Lo que sí desapareció o, al menos, disminuyó considerablemente, es la voluntad del mundo libre de tomar partido y defender a los oprimidos.

Cuando el Muro cayó, el mundo tomó un respiro. La larga guerra de generaciones había llegado a su fin. La amenaza de la aniquilación nuclear que pendía sobre nuestras cabezas estaba terminando. Las victorias, sin

embargo, incluso las más grandes, tienen un costo. He escrito sobre lo que llamo “la gravedad del éxito pasado” en ajedrez. Ganar se siente muy bien, pero puede entorpecer el progreso. El perdedor sabe que ha cometido un error y que algo salió mal y, por consiguiente, trabajará duro para mejorar. El feliz ganador, por otra parte, asume con frecuencia que ganó porque es extraordinario. Requiere mucha disciplina aprender de la victoria.

La respuesta natural y humana en las postrimerías de la Guerra Fría fue abrazar al enemigo de antaño. Clinton y Yeltsin rieron juntos. La Unión Europea y la OTAN dieron la bienvenida a las naciones del antiguo bloque soviético con los brazos abiertos. El principio era liderar con el ejemplo, ofrecer incentivos a los nuevos países libres para que se unieran como socios permanentes de Occidente, con un sistema democrático y economías de libre mercado. Este principio de reciprocidad y compromiso tuvo inusitado éxito en Europa del este, a pesar de que para muchos el camino fue pedregoso. Pero el método

de expansión se aplicó también en lugares donde las fuerzas de opresión no habían sido erradicadas. Éstos fueron incluidos en el nuevo club con escuetas demandas y muy poca correspondencia. La actitud predominante en Occidente fue algo así como “está bien, en algún momento se darán cuenta, su momento ha pasado, solo tenemos que seguir unidos con ellos y esperar.” Pero las fuerzas de la historia no ganan guerras.

Es sorprendente lo rápido que se olvidaron las lecciones de la victoria en la Guerra Fría. La fuerte postura moral y el aislamiento del mal fueron prontamente desechados. En el momento más ascendente de las fuerzas democráticas, dejó de imponerse la ventaja occidental sobre los derrotados. Con un poder militar, económico y moral abrumador de su lado, Occidente cambió completamente su estrategia. Este giro representaba el deseo público de terminar con la tensión y las décadas de medición de fuerzas. Bill Clinton representó el epítome de la idea de superar la cosmovisión maniquea de la Guerra

Fría. Mientras tanto, los dientes del dragón crecían. El dictador de Bielorrusia, Lukashenko, comenzó su largo gobierno en 1994. Sus colegas dictadores de Asia Central, Nazarbayev y Karimov, pronto celebrarán su vigésimo quinto aniversario en el poder. No es coincidencia que estos países que, a pesar de haber pertenecido a la Unión Soviética, tenían el potencial para salir de aquella órbita -además de los Balcanes, Georgia y Ucrania-, fueran atacados y parcialmente ocupados por Rusia.

No hubo “comisiones de la verdad” para el comunismo, tampoco juicios o castigos por los crímenes terribles de estos regímenes. La KGB cambió de nombre, pero no de intenciones, y solo nueve años después de que la estatua del fundador de la KGB, Félix Dzerzhinsky, fuera derribada en Moscú, un teniente de la KGB llamado Vladimir Putin se convertiría en presidente de Rusia. Fue una de las muchas advertencias ignoradas por el mundo libre. El poder suave de Occidente había alcanzado sus límites y no existía voluntad para traer de vuelta las políticas de

² Gazprom es la compañía más grande de Rusia, y la mayor extractora de gas natural del mundo.

contención. Los derechos humanos fueron tratados como problemas internos, especialmente en lugares con negocios rentables. Según parece, las nuevas conexiones favorecieron a ambos bandos. Las naciones que pertenecieron a la Unión Soviética usaron dinero obtenido en la globalización y su nuevo mercado para comprar compañías, políticos e influencia. Abandonados nuestros estándares, somos arrastrados al común denominador más bajo. Mientras destruye la sociedad civil en Rusia, Putin podría contratar antiguos cancilleres y hacer *lobby* para Gazprom², comprar los Juegos Olímpicos y transmitir una red global de propaganda en millones de hogares alrededor del mundo. Occidente boicoteó los Juegos Olímpicos de Moscú durante la invasión de Afganistán pero este tipo de amenazas ya no se aplican ni siquiera en la Copa Mundial de Fútbol, aun cuando Rusia sostiene una invasión en un país europeo.

Las dictaduras contemporáneas poseen lo que los soviéticos apenas podían imaginar: acceso fácil a mercados globales para financiar la represión interna. No solo ocurre esto con los Estados petroleros

como Rusia, Irán y Venezuela, sino que también pasa en los Estados manufactureros. La idea de que el mundo libre podría usar las relaciones internacionales como plataforma de derechos humanos en contra de los dictadores ha encontrado contrapeso en los Estados autoritarios porque éstos están dispuestos a explotar esa misma idea, mientras que no existe una voluntad similar en el mundo libre. El compromiso entre el mundo libre y el resto del mundo ha provisto a las dictaduras con mucho más que consumidores del petróleo que extraen y los iPhones que ensamblan. Tienen sus IPOs y mansiones en Londres y Nueva York, utilizan a la Interpol para perseguir disidentes en el extranjero, escriben en *The New York Times* con multitud de llamados hipócritas de paz y armonía. Todo esto mientras reprimen a la gente con dureza en su propia tierra. Por consiguiente, esta relación conlleva beneficios para un solo lado.

Es un compromiso apaciguador. Es el trágico fracaso del liderazgo. Incluso los más grandes ideales y tradiciones pueden perder su sentido original a causa de un cambio radical de escenario. Los

símbolos nos ayudan a encontrar ese sentido, dejándonos vulnerables cuando ellos desaparecen. El hecho de que EE.UU llegara a la luna no tuvo tanto impacto porque hubiese algo de valor en el satélite. John F. Kennedy comprendió que aquello se convertiría en un símbolo del “progreso americano”, del desafío a la dificultad y la superioridad de EE.UU sobre la Unión Soviética. Una generación de nueva tecnología fue desarrollada gracias a la carrera espacial, tecnología que llevaría el poderío industrial estadounidense a la era computacional. Pero no mucho después de que este hito fuese conseguido, la carrera espacial decayó notablemente. El símbolo desapareció y ningún hombre ha caminado sobre la luna desde que Eugene Cernan lo hiciera en diciembre de 1972. El símbolo del desafío y el progreso fueron confundidos con el desafío mismo. Cuando la luna fue alcanzada, la gran proeza que aquello significaba fue olvidada. Así como con Hitler y Stalin, un hombre viajando a la luna es recordado hoy como relato mitológico.

El Muro de Berlín fue más que un símbolo, por supuesto. Literalmente dividió una ciudad y representó la división entre el mundo libre y el mundo reprimido. Cuando cayó, fue

fácil olvidar que ambos mundos, el libre y el no libre, todavía existían aunque el Muro ya no. El símbolo desapareció y así lo que éste representaba quedó en el olvido. De pronto, el mal ya no poseía una figura familiar. Tal como aprendimos el 11 de septiembre de 2001, los peligros son reales incluso cuando los límites del campo de batalla se han difuminado. Las alianzas por conveniencia han reemplazado las alianzas construidas sobre la historia y los valores. Este es el resultado natural de unos veinte años de tratar a todos como potenciales amigos, una práctica que anima al enemigo y confunde a los verdaderos aliados. Pero los enemigos sí existen, aunque no queramos admitirlo. Son los enemigos de lo que EE.UU y el resto del mundo libre representan. Y sea Putin o Estado Islámico, estas fuerzas no pueden ser derrotadas con falsos compromisos. No, para vencerlos necesitamos la unidad, la resolución y los principios que nos permitieron ganar la Guerra Fría. En términos de ajedrecista, nuestros grandes predecesores nos legaron una posición aventajada hace veinticinco años. Nos otorgaron las herramientas para derribar dictadores y nos mostraron cómo utilizarlas, pero hemos abandonado

estas herramientas y olvidado las lecciones. Ya es momento de aprenderlas nuevamente.

Cada generación tiene su propio Muro de Berlín, sus propios desafíos. Ya que no poseemos un símbolo claro para canalizar nuestras energías, requerimos un liderazgo fuerte. EE.UU, en palabras de Margaret Thatcher, es el único país construido sobre una idea, la idea de la libertad. Esta idea debe construir una coalición global para defender la libertad ante sus enemigos, una coalición organizada sobre principios, no sobre fronteras de cultura y lenguaje. En unas semanas me encontraré en Ucrania, y ¿qué mensaje podré llevar? ¿Que es mala suerte para este país colindar con Rusia?, ¿que el destino de 45 millones de seres humanos se encuentra en un callejón sin salida porque confrontar a Vladimir Putin es complejo? ¿En serio?, ¿más complejo que cuando Truman encaró a Stalin para proteger a Berlín Oeste en 1948?, ¿más peligroso que para John F. Kennedy durante la crisis cubana de los misiles, en 1962? No. Pero, ¿la amenaza representada por Putin seguirá creciendo si no le hacemos frente? La historia nos dice que sí. La historia nos cuenta que ningún dictador se detiene hasta

que alguien lo detiene.

La propaganda soviética trabajó duro para retratar al comunismo y la Unión Soviética como el lado del bien, como representante de una utopía futura. Putin no se interesa por esto. Su actual propaganda tiene motivación en la superioridad y destino nacionales, el mensaje fascista tan familiar del ascendente Partido Nazi en 1930. La amenaza de Putin crece porque el mundo libre deja que crezca. Demasiados líderes quieren creer todavía que el mal fue derrotado definitivamente el 9 de noviembre de 1989. Lo que podía ser denominado optimismo hace veinte años, hoy debe ser llamado un autoengaño peligroso. El mundo



La Unión Soviética se disuelve en 1991.

necesita una alianza basada en una nueva Carta Magna, una declaración de derechos y prácticas que todas las naciones deben reconocer. Los países que aprecian la democracia y la libertad individual controlan ahora la mayor parte de los recursos mundiales, así como también la mayor cantidad de poder militar. Si nos unimos y nos negamos a reconocer los regímenes espurios y a los instigadores del terror, nuestra autoridad será incontestable. Nuestra riqueza combinada puede financiar nuevas tecnologías para curar nuestra adicción a los combustibles fósiles, que en estos instantes empodera a una mayoría de terroristas y dictadores.

El objetivo no debería ser construir nuevos muros para aislar a los millones de personas que viven bajo gobiernos autoritarios, sino ir en su rescate. Los supuestos líderes del mundo libre hablan de promover la democracia al mismo tiempo que tratan a los líderes autocráticos como iguales. Una Carta Magna global prohibiría esta hipocresía y proveería un buen incentivo para la reforma. Las políticas de compromiso con dictadores han fracasado en todos los niveles. Es tiempo de reconocer este fracaso.

Tal como dijo Ronald Reagan hace cincuenta años, en 1964, esta no es una elección entre paz y guerra, sino entre lucha o rendición. Debemos elegir. Debemos luchar. Y esta lucha debe ser universal. EE.UU debe liderar, sí, pero es arcaico hablar hoy de valores "americanos", o incluso de valores occidentales. Japón y Corea del Sur deben actuar, Australia y Brasil, India y Sudáfrica, y cada país que aprecie la democracia y la libertad. Tenemos todas las ventajas en esta batalla por la libertad. Sabemos que podemos ganar porque ya se ha hecho antes. Debemos encontrar el coraje para conseguirlo nuevamente. Muchas gracias.



Garry Kasparov es un ruso, líder pro-democracia, activista mundial de los derechos humanos y la libertad. Ex campeón mundial de ajedrez. Nació el 13 de abril de 1963, en Bakú, Azerbaiyán (entonces URSS).